

¿Para qué contamos?

María Laura Weiss (*)

Fecha de recepción: septiembre 2021

Fecha de aceptación: noviembre 2021

Versión final: enero 2022

Resumen: Hoy más que nunca estamos rodeados de historias. A las narrativas que nos ofrecen desde hace tiempo la literatura, el cine, el teatro y los tradicionales medios de comunicación, se sumaron las emotivas charlas TED, las historias de vida de los *youtubers*, los relatos fotográficos de las redes sociales (como *Instagram* y *Facebook* son sus “historias”), el renovado éxito del stand up y el *storytelling*, el furor de series vía *streaming* y el placer por la *biopics*. ¿Por qué nos gustan tanto las historias? ¿De dónde proviene nuestro afán por narrar? ¿Cómo impactan en nuestras vidas? En definitiva, ¿para qué contamos?

Palabras clave: Lenguaje - historias - narrativa transmedia – evolución - adaptación
¿Para qué contamos?

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 225]

Vivimos la mayor parte de nuestras vidas en un mundo construido según las normas y los mecanismos de la narración. (Bruner, 1997:168)

Las personas contamos historias mucho antes de que supiéramos cómo leer o escribir. Sin embargo, aún siendo analfabetos, pudimos comunicarnos. Según Boyd (2009) la especie humana desarrolló intuitivamente representaciones narrativas a través de pinturas rupestres, danza y música mucho antes que se desarrollara el lenguaje verbal. Basta recordar esa postal arqueológica que es la Cueva de las Manos en nuestra provincia de Santa Cruz, donde hace más de nueve mil años los primeros pueblos originarios de Sudamérica plasmaron con sus palmas los colores de una historia de caza.

Es difícil precisar cuándo y dónde se desarrolló el lenguaje verbal ni cómo las personas interactuaban hace más de treinta mil, sin embargo, como establece Boyd (2009) parece estar claro que una vez que los humanos desarrollamos nuestra capacidad para hablar, comenzamos a desarrollar signos y palabras, que organizados en patrones y diseños, fomentaron una mayor comunicación.

Una vez presente la palabra, al aire libre o dentro de las cavernas, por las tardes o las noches, los seres humanos construimos las primeras narraciones orales del universo. En principio, estos relatos estuvieron vinculados con las acciones de la vida cotidiana, como la superación de algún peligro o el enfrentamiento con un animal. Lo cierto es que ya en esos cuentos, las sociedades primitivas intentaron explicar el mundo y las cosas que sucedían en la naturaleza y su entorno. Toda esta sabiduría se transmitía de generación en generación, preservando así la historia de vida de los pueblos y también sus emociones, creencias y fantasías.

Ahora bien, ¿qué significa contar? “Etimológicamente, la palabra cuento, procede del término latino *computare*, que significa contar, calcular; esto implica que originalmente se relacionaba con el cómputo de cifras, es decir que se refería, uno por uno o por grupos, a los objetos homogéneos para saber cuántas unidades había en el conjunto. Luego, por extensión pasó a referir o contar el mayor o menor número de circunstancias, es decir lo que ha sucedido o lo que pudo haber sucedido, y, en

este último caso, dio lugar a la fabulación imaginaria” (Cáceres, 1993, p.4, citado por Taboada Terán, 1983)

Y de algún modo nos convertimos en narradores, como afirma Greene (2004) las historias son para nosotros una forma familiar y accesible de compartir información. Captan nuestra atención, nos atrapan y nos envuelven en tramas que nos motivan a seguir su curso hasta el final. Y ya bien lejos de los primeros mitos y las primeras leyendas, los seres humanos seguimos viviendo rodeados de historias. A las narrativas que nos ofrecen desde hace tiempo la literatura, el cine, el teatro y los tradicionales medios de comunicación (con sus noticias e historias de vida) se sumaron las emotivas charlas TED, las vidas online de los *youtubers*, los *podcasts*, los relatos fotográficos en las redes sociales, el furor de las series vía *streaming* y el placer por la *biopics*, el renovado éxito del *stand up* y el *storytelling*.

Las nuevas tecnologías potenciaron las historias y nacieron las narrativas transmedia, que llevan de a un lado a otro relatos que olvidan su origen y migran por múltiples plataformas y medios. Y en este contexto, todos nos volvimos productores de historias. ¿De dónde proviene nuestro afán por narrar? ¿Por qué nos gustan tanto las historias y cómo impactan en nuestras vidas? En definitiva, ¿para qué contamos?

No hay sociedades que estén desprovistas de historias. Bien sean de ficción o no ficción están enraizadas en los seres humanos desde tiempos ancestrales. Según Reyes (1984), “la narración es una forma discursiva que, al parecer de manera universal, refleja la organización humana de la humanidad, su significado, el sistema de valores en que se asienta ese significado. Contar es poner orden y lugar, ya sea a actos humanos, ya sea a acontecimientos naturales, ya sea a las abstracciones del pensamiento (dinamizando, metafóricamente, incluso el estatismo de los modelos” (p.20).

Los seres humanos tenemos un cerebro lógico y otro narrativo. Este último es el responsable de los significados que, a través de las historias, le vamos dando a nuestra experiencia. Esta modalidad de pensamiento se ocupa, siguiendo a Bruner (1998), de las intenciones y acciones humanas, es el tipo de pensamiento más antiguo y consiste en ese repertorio de historias que nos contamos

a nosotros mismos y a los demás para que nuestra experiencia cobre sentido. La construcción de significado surge de la narración, de la continua actualización de nuestra historia.

Narramos siguiendo una estructura que moldea nuestros pensamientos. Volcamos nuestra historia en un relato teniendo en cuenta que al contar nuestra experiencia debemos tener en cuenta el modelo canónico de inicio, desarrollo y final. De hecho, en la memoria tenemos elementos asociados que son comunes a todas las historias (personajes, conflicto, etc.) y esto nos permite poder comprenderlas y captar su estructura con facilidad.

Compartimos mucha información a través de historias porque son una forma natural de pensamiento. Parafraseando a Greene (2004), antes de que nuestra educación formal comenzara, aprendimos con fábulas, cuentos de hadas e historias del entorno familiar. De hecho, algunos investigadores afirman que todo el conocimiento viene en forma de historias. No se sabe hasta qué punto esto es cierto, pero sí se ha podido comprobar que las historias comprometen nuestro pensamiento, emociones, e incluso pueden llevar a la creación de imágenes mentales (Green et al., 2000).

De acuerdo con las Neurociencias tenemos un cerebro social que tiene a las narrativas como parte de nuestra historia evolutiva. Gracias a las narrativas nos adaptamos a nuestro entorno, interpretamos nuestra experiencia, nos comunicamos mejor con los demás y comprendemos mejor sus pensamientos y emociones (contribuyendo así al desarrollo de la empatía), aprendemos y hacemos que los saberes trasciendan de generación en generación. Las historias impactan en nuestra afectividad y habilidades socioemocionales. Además, facilitan el desarrollo de la imaginación, las habilidades expresivas y el pensamiento divergente. Según Boyd (2009), la narración y otras formas de arte afectan nuestro cerebro, agudizan la cognición y la sensibilidad y fomentan nuevas conexiones neuronales que conducen a una mayor creatividad.

Varios investigadores están de acuerdo con la existencia de una neurobiología de las narrativas, porque las historias le hablan a nuestro cerebro emocional (el más primitivo en nuestra evolución como especie) y activan algunos de los denominados neurotransmisores de la felicidad: dopamina, serotonina y oxitocina. Es a partir de este cóctel neuronal que, al parecer, sentimos placer por narrar y escuchar historias. Contar nuestras experiencias e ideas personales nos hace bien, genera vínculos con quienes nos escuchan y nos hace sentir reconocidos. Esto se debe a que, al sentirnos motivados, nuestro cerebro libera dopamina (la hormona estrella de nuestro circuito de recompensa cerebral) y, al ser escuchados y atendidos, se libera serotonina, una neurohormona que interviene en la regulación de nuestras emociones y estado de ánimo. Además, como las historias posibilitan el desarrollo de vínculos, el cerebro activa la producción de oxitocina, un neurotransmisor que contribuye a la formación de relaciones de confianza.

Nuestro cerebro es un gran cuentacuentos y está diseñado para contar e interpretar historias. Esta habilidad ha contribuido a que tengamos como especie una exitosa supervivencia. Según Boyd (2009) las personas creamos

patrones y diseños que repetimos porque nos permiten adaptarnos a nuestro entorno y hacernos sentir seguros. En otras palabras, las adaptaciones son necesarias para la reproducción y la supervivencia y las narraciones son formas de adaptación que nos permitieron evolucionar y hacer de nuestro cerebro una maquinaria mucho más compleja. En términos de este autor: “La narrativa surge de las ventajas de la comunicación en las especies sociales. Beneficia a las audiencias, que pueden elegir mejor qué curso de acción tomar en base a información estratégica, y beneficia a los narradores, quienes se ganan crédito en el intercambio de información social y ganan en términos de atención y estatus. Esa combinación de beneficios, para el narrador y quien escucha la historia, y la intensidad del seguimiento social de nuestra especie, explican por qué la narrativa se ha vuelto tan central en la vida humana” (p.176). Desde el punto de vista de la evolución, las historias nos ayudan a tomar decisiones para la adaptación, sin importar si han sido inventadas o hechas sobre la base de la realidad. Así y todo, Boyd considera que la ficción tiene una gran ventaja: podemos considerar posibilidades que aún no existen y que podrían realizarse en el futuro.

Las narraciones forman parte de la cultura y, para Richerson y Boyd (2006), las historias que adquirimos en convivencia con otros miembros de la especie a través de la enseñanza, la imitación y otras formas de transmisión social afectan nuestro comportamiento. Como modos de comunicación cultural, las historias que se cuentan, por ejemplo, en la Biblia o el Corán afectan las conductas porque las narrativas se refuerzan institucionalmente a través de redes institucionales culturales y las industrias culturales de diferentes grupos étnicos, sociedades, religiones y naciones.

En este intercambio entre narraciones, cultura y evolución, el historiador israelí Yuval Noah Harari explica cómo las historias nos destacan del resto de las especies y contribuyen al establecimiento de la cohesión social. Harari (2014) afirma que los *homo sapiens* somos los únicos animales que podemos cooperar flexiblemente en masa. A gran escala y sin importar las grandes distancias, las personas cooperamos entre sí con infinidad de otros que no conocemos gracias a nuestra imaginación y las historias que nos fuimos creando. “No hay dioses en el universo, no hay naciones, no hay dinero, ni derechos humanos, ni leyes, ni justicia fuera de la imaginación común de los seres humanos” (p.41). Para este escritor somos los únicos animales del planeta que podemos crear y creer en las mismas historias porque, si todos aceptamos las mismas fábulas, podemos obedecer y seguir las mismas reglas, las mismas normas y valores. Por otro lado, desde nuestra comunicación interpersonal, las historias nos posibilitan la construcción de un *self* (este concepto de la psicología alude a todo aquello que el sujeto refiere de sí mismo). Desde esta perspectiva, quienes somos depende de las historias que nos contamos sobre nosotros mismos. Y, de este modo, las historias que nos contamos acerca de quiénes somos van construyendo a lo largo de nuestra vida una identidad narrativa.

Ahora bien, cada uno construye sus historias pero, como se estableció más adelante, estas no están desvinculadas del contexto social y cultural en el cual se escriben. ¿Cuánto hay en nuestras historias de lo que nos contamos y cuánto de lo que nos han contado? Ricoeur (1991) establece que las personas podemos ser narradores o protagonistas de nuestras historias, pero no puede afirmar que seamos los únicos autores, porque a lo sumo podemos ser coautores de nuestra identidad narrativa. En un contexto sociocultural en el que transitamos historias y somos atravesados por múltiples relatos multiplataforma que viajan de un lado a otro, parece que contar es mucho más que enumerar objetos o sucesos. También es “contar” con los otros. Es ponernos en la escena del mundo con el guión de nuestras propias vidas en relación con el de los demás, construyendo junto a otros a partir de diversas tramas que nos hacen ser quiénes somos y que nos dicen quiénes somos.

Relatar significa “volver a llevar”. Tal vez las pantallas sean nuestra posmoderna Cueva de las manos, en la cual podamos dejar una y otra vez nuestras huellas para seguir viviendo. En definitiva, no hay humanidad sin narrativas y no hay narrativas sin humanidad; construimos historias y las historias nos construyen.

Si bien hoy la cibercultura nos deja a todos exponer nuestros relatos a través de todo tipo de narrativas transmedia, narramos desde hace mucho tiempo atrás porque al contar aseguramos nuestra existencia, sobrevivimos y nos hicimos más aptos para poder comunicarnos, entender nuestro entorno y tomar decisiones. Generamos sociedades, establecemos acuerdos, aprendemos y producimos conocimiento porque de esta manera estamos diseñados para pensar y vincularnos con los demás y con nuestras propias emociones.

Narramos para que algo de nosotros también sobreviva en cada historia contada, para dejar nuestra impronta, para trascender. Porque en el relato se conserva la vida más allá de la permanencia de nuestro cuerpo. Hoy las tecnologías amplían el vuelo y, entonces, las historias nos transportan cada vez más lejos, acortando distancias y entrando en la vida de personas que ni siquiera conocemos. Y ampliamos la red que ya estaba presente en nuestra psicología social.

Las tecnologías digitales parecen haber superado las limitaciones del tiempo y el espacio, pero siguen imprimiendo historias que nacen del pensamiento y la conciencia humana. Porque, como establece Harari (2014), si algo nos distingue del resto de las especies es que somos los únicos que utilizamos el lenguaje no solo para describir la realidad sino para crear nuevas realidades, para seguir viviendo.

Referencias bibliográficas

- Boyd, B. (2009). *On the Origin of Stories: Evolution, Cognition, and Fiction*. London: Harvard University Press.
- Bruner, J. (1997). *La Educación puerta de la cultura*. Madrid: Visor Dis S.A.
- Bruner, J. (1998). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.

Greene, M. (2004) *Storytelling in teaching El relato de historias en la enseñanza*. Recuperado en <https://www.psychologicalscience.org/observer/storytelling-in-teaching> Association for Psychological Science.

Green, M. C., Strange, J. J. y Brock, T. C. (2002). *Narrative impact: Social and cognitive foundations*. Mahwah: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.

Harari, Y. (2014) *Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad*. Barcelona: Debate.

Reyes, G. (1984) *Polifonía textual*. Madrid: Gredos.

Richerson, P. y Boyd, R. (2006) *Not by genes alone: How culture transformed human evolution*. Estados Unidos: University of Chicago Press.

Ricoeur, P. (1991) *El Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Taboada Terán, Nestor (1983) *Las naranjas maquilladas...* La Paz: Editorial Ideas Unidas.

Abstract: Today more than ever we are surrounded by stories. To the narratives that literature, cinema, theater and traditional media have offered us for a long time, were added the emotional TED talks, the life stories of the youtubers, the photographic accounts of social networks (such as Instagram and Facebook are its “stories”), the renewed success of stand-up and storytelling, the fury of series via streaming and the pleasure of biopics. Why do we like stories so much? Where does our eagerness to narrate come from? How do they impact our lives? In short, what do we count for?

Keywords: Language - storytelling - transmedia narratives - evolution – adaptation

Resumo: Hoje, mais do que nunca, estamos rodeados de histórias. Às narrativas que a literatura, o cinema, o teatro e as mídias tradicionais há muito nos oferecem, foram acrescentadas as emocionantes palestras TED, as histórias de vida dos youtubers, os relatos fotográficos das redes sociais (como *Instagram* e *Facebook* são as suas “histórias”), O sucesso renovado do stand-up e da *storytelling*, a fúria das séries via *streaming* e o prazer da *biopics*. Por que gostamos tanto de histórias? De onde vem nossa ânsia de narrar? Como eles impactam nossas vidas? Em suma, para que contamos?

Palavras chave: Linguagem - narrativa - narrativas transmídia - evolução – adaptação

(*) **María Laura Weiss:** Licenciada en Comunicación Social (UBA), especializada en Periodismo. Profesora del Taller de Redacción de la Universidad de Palermo (UP).